



Parábola:
“El agua y los peregrinos”

Lamentablemente desconozco el autor

Érase una vez un pequeño grupo de peregrinos. Cansados y desalentados llegaron junto a un río y se sentaron. Parecían exhaustos. Unos se descalzaron. Otros apoyaron su espalda contra un tronco y algunos se acercaron a la orilla... El río parecía haberles cortado el camino que traían y, la verdad, en la otra orilla, no se intuía a simple vista ningún inicio de camino.

Uno de aquellos peregrinos habló con solemnidad: *Bien, amigos. Parece que ha llegado la hora de parar. No se ve el camino. Hay un río que vadear sin puentes a la vista. Estamos muy cansados. De los que emprendimos el camino, muchos se han ido quedando en aldeas y pueblos, otros regresaron por el camino y varios se sentaron a descansar y nos dejaron partir... Quedamos solo nosotros. En otros momentos se nos unían nuevos peregrinos que aparecían por senderos y veredas y que, viendo nuestro modo de caminar, se ilusionaban con nuestro grupo y su estilo de peregrinaje. Hace muchas jornadas que eso no sucede. Sólo somos un pequeño grupo. Creo que es momento de instalarnos aquí. Es un buen paraje. Tenemos un bosque, un río y el pueblo no está lejos. Si alguna vez sentimos nostalgia de caminar o recordamos al Gran Peregrino que inició nuestro camino, podremos dar pequeños paseos por los alrededores. ¿No creen?*

El más joven de aquellos caminantes dijo sin pensar: *No lo tengo claro. Somos caminantes, peregrinos, para ello nacimos. Si nos instalamos perderemos lo que somos. ¿De qué habrá valido el camino realizado? La gente ya no tendrá referencia de peregrinos. No sabrán lo que es esa figura.*

El más anciano expuso: *Tal vez tengas razón, muchacho, pero míranos. Él tiene razón. Es hora de parar. No se ve el camino. Somos pocos y estamos demasiado cansados. Siempre podremos caminar hasta el pueblo y contar a todos lo que es un peregrino, lo que hemos venido haciendo. Mostrar lo orgulloso que estamos de ser lo que somos. Quizás alguno se anime.*

¿Se anime a qué? Preguntó el joven, no exento de ironía.

A caminar y ser peregrino como nosotros, por supuesto. Incluso instruiremos a otros para que cuenten lo que es ser peregrino y se extienda la enseñanza por el pueblo y alrededores, dijo el anciano, ante el entusiasmo del Resto.

Pero ellos hablarán de memoria, no habrán experimentado lo que es ser peregrino... Expuso el joven.

Es posible. Todo depende de lo bien que los instruyamos y de cómo transmitamos lo que somos, nuestro orgullo de ser peregrinos. Agregó el anciano mientras se acercaba al muchacho. *Quizá incluso lleguen a peregrinar y comprendan lo que hay de fondo y lo vivan a su estilo.* Le puso una mano en el hombro y le dijo al oído: *Sigue soñando que un día reemprenderemos la marcha pero, por ahora, admite la realidad y ayúdanos a comenzar a construir nuestra casa.*

Y así pasaron los días siguientes construyendo una modesta casa de madera en la que refugiarse y en la que deberían convivir.

Algunas personas del pueblo se acercaron por allí ante la novedad de los recién llegados que parecían instalarse de modo definitivo. *¿Quiénes sois?* Les preguntaron. Y ellos, emocionados y orgullosos, dijeron que eran peregrinos. Y les hablaron, más emocionados aún, de los caminos, del sol

y la lluvia, del viento, de la mochila para compartir, de los cruces de caminos, del descanso a la sombra de los árboles...

A muchos todo aquello les pareció maravilloso. Incluso envidiaron el ser peregrinos y soñaron con serlo algún día. La noticia corrió por todo el pueblo. Muchos acudían a escucharles contar sus historias de peregrinos. Algunos aprendieron las historias y los sueños y lo transmitieron por más lugares, con emoción sincera. Hablaban con auténtico amor al Gran Peregrino que inició todo aquello.

Con el tiempo, dos jóvenes muchachos se acercaron y pidieron quedarse en la casa y formar parte del grupo de peregrinos. Se instalaron allí, pero la casa era pequeña y húmeda, faltaba el calor del fuego del que hablaban en sus historias, el que encendían en las veredas y en torno al cual aseguraban que se juntaban para calentarse y conversar. Ahora apenas conversaban. Y cuando los jóvenes muchachos les preguntaron por eso, les decían que era normal, que era el momento de sentarse.

Pero nosotros queremos caminar cada día, dormir junto al fuego, conversar largas horas, descansar bajo los árboles, seguir bajo el sol y la lluvia, encontrar a otros peregrinos que se puedan unir al grupo.

Entonces les habló el joven peregrino: *Sueñen, amigos. Es bueno. Yo lo hago todos los días, de algún modo, volveremos a caminar y, sino, seguiremos contando nuestras historias y las del Gran Peregrino.* Respondió aquel joven, seguro pero con cierta pesadumbre.

Se entristecieron mucho los muchachos y en pocos días regresaron a sus hogares, abandonando la idea de ser peregrinos.

El grupo de peregrinos debatió entonces, acaloradamente, en torno a la marcha de los muchachos. Debían reforzar más su contar las historias, su formar a otros para que las contasen. Debían de trazar un plan para guiar mejor si algún muchacho más aparecía con al idea de ser peregrino. Tenían que encargar a uno de ellos para tal labor. Era necesario encontrar nuevos peregrinos...

Tras la discusión, que no acabó de aclarar las cosas, todos se desperdigaron por los alrededores. Un pequeño perímetro, en realidad. Se mostraban huraños y contrariados a un tiempo, sin ánimo de hablar ni de mirarse unos a otros.

Entonces, se oyó la risa de un niño. Jugaba entre los árboles y arbustos cercanos. Llegó corriendo hasta el centro del lugar, donde estaban todos, con un palo en las manos y dijo, sin más: *sois unos tontos y unos mentirosos.*

Todos se miraron con cara de pocos amigos y alguno, incluso, con cara de enfado real. Uno se atrevió a replicarle: *Deja de decir tonterías y déjanos en paz.*

No me da la gana, dijo el niño sacando la lengua. *Y no digo tonterías. Los tontos sois vosotros.*

Uno de los peregrinos trató de agarrarlo pero el niño, hábilmente, se zafó. *Eh, no me agarres. Sólo digo la verdad. Sois unos mentirosos.*

A ver, dijo otro con paciencia, *¿Por qué dices eso?*

Porque os llamáis peregrinos, se lo contáis a todos. Hay mucha gente que habla de vosotros y viene a juntarse con vosotros, pero nunca os ha visto nadie caminar. Para ser peregrinos hay que caminar, no decir que se camina. Y posando su palo sobre el suelo a modo de cayado, se puso a pasear alrededor. ¿Lo veis? ¡Así!

Varios de los peregrinos se pusieron de pie, dispuestos a agarrarle. El más joven de ellos se echó a llorar de pronto al escuchar aquello, como hicieron otros del grupo. Y el peregrino anciano contemplaba la escena muy cerca de la orilla.

El niño, al tratar de huir de aquellos que le perseguían, empujó sin querer al anciano que cayó en el agua. Todos se quedaron quietos, asustados, mirando caer el cuerpo del peregrino de más edad. Sólo el joven reaccionó lanzándose de inmediato al agua y ayudando al anciano a ponerse de pie en un cauce que les cubría hasta el pecho. De pronto los dos se miraron incrédulos el uno al otro, miraron alrededor con estupor, giraron sobre sí, volvieron a mirarse a los ojos y comenzaron a reír y a salpicarse con el agua transparente, se abrazaban...

Los demás en la orilla, no entendían nada. Pensaban que se habían vuelto completamente locos. Algunos volvieron indignados a la casa. Otros marcharon camino del pueblo. Sólo tres quedaron en la orilla, aquellos que habían llorado antes. Entonces el anciano se acercó allí y alargó la mano hacia uno de ellos. Al cogérsela el anciano tiró de él con fuerza tan insólita que el que había ido a ayudarlo acabó en el agua. Los otros dos, de pronto, fueron empujados por el niño, que reía como un loco, y también cayeron al agua. Y ocurrió que los tres comenzaron a mirarse incrédulos, y más tarde se unieron a las risas y al aparente juego de sus compañeros. Allí estuvieron un tiempo más largo de lo que permite contar esta historia.

Lo cierto es que, al oír el jaleo en el río, varias personas del pueblo aparecieron por allí. Algunas, tras ver el espectáculo, entraron en la casa de los peregrinos. Otros censuraron la infantil actitud de los peregrinos metidos en el río, y dos muchachos, los mismos que estuvieron algún tiempo con ellos, junto con otros varios, se lanzaron al agua y se unieron a su juego. De pronto, uno de ellos gritó: *¡Mirad! ¡Allí!* Señalando al otro lado del río. Y, como si de una aparición se tratase, surgió de la nada el inicio de un camino, incierto y medio oculto. Un camino por abrir y desbrozar que, sin embargo, mostraba su inicio de un modo retador a la par que incómodo.

Sin mediar palabra el joven, ayudando a salir al anciano, ganó aquella otra orilla del río, llegando al comienzo del camino. Tras él salieron los demás. Un pequeño grupo de ocho personas. Y así, escurriendo agua por todos los lados, sin mirar atrás, echaron a andar por el incipiente camino, perdiéndose a la vista de los demás.

El niño, al otro lado del río, mientras reía, escribía con su palo en la arena; sólo quien se mete en el río y se deja mojar por él es capaz de sentir su fuerza y es capaz de ver lo que hay en la otra orilla. Cuando terminó, susurró satisfecho: *Ahora sí que son, de verdad, peregrinos.* Y se fue jugando como había llegado.

Cuenta la leyenda que recorrieron el mundo entero y que se les fueron uniendo nuevos peregrinos. Dicen que, por muy cansados que estuviesen, siempre buscaban las aguas del río o del arroyo para dejarse mojar por ellas y mirar, entonces y juntos, más allá. Aseguran que en las aguas del río vieron la figura del Gran Peregrino, que les sonreía. También cuentan que los que quedaron en la casa murieron uno tras otro a lo largo de los años y que, a aquellos que seguían enseñando lo que es ser peregrino pero sin caminar, pronto dejaron de hacerles caso...

Complementos nuestra reflexión contrastando con la Palabra de Dios: Lc 24,13-35

“Dos de los discípulos se dirigían aquel mismo día a un pueblo llamado Emaús, a unos once kilómetros de Jerusalén. Iban hablando de todo lo que había pasado. Mientras conversaban y discutían, Jesús mismo se les acercó y se puso a caminar a su lado. Pero, aunque le veían, algo les impedía reconocerle. Jesús les preguntó: - ¿De qué venís hablando por el camino?

Se detuvieron tristes, y uno de ellos llamado Cleofás contestó: - Seguramente tú eres el único que, habiendo estado en Jerusalén, no sabe lo que allí ha sucedido estos días.

Les preguntó: - ¿Qué ha sucedido?

Le dijeron: - Lo de Jesús de Nazaret, que era un profeta poderoso en hechos y palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Los jefes de los sacerdotes y nuestras autoridades lo entregaron para que lo condenaran a muerte y lo crucificaran. Nosotros teníamos la esperanza de que él fuese el libertador de la nación de Israel, pero ya han pasado tres días desde entonces. Sin embargo, algunas de las mujeres que están con nosotros nos han asustado, pues fueron de madrugada al sepulcro y no encontraron el cuerpo; y volvieron a casa contando que unos ángeles se les habían aparecido y les habían dicho que Jesús está vivo. Algunos de nuestros compañeros fueron después al sepulcro y lo encontraron todo como las mujeres habían dicho, pero no vieron a Jesús.

Jesús les dijo entonces: - ¡Qué faltos de comprensión sois y cuánto os cuesta creer todo lo que dijeron los profetas! ¿Acaso no tenía que sufrir el Mesías estas cosas antes de ser glorificado?

Luego se puso a explicarles todos los pasajes de las Escrituras que hablaban de él, comenzando por los libros de Moisés y siguiendo por todos los libros de los profetas.

Al llegar al pueblo adonde se dirigían, Jesús hizo como si fuera a seguir adelante; pero ellos le obligaron a quedarse, diciendo: - Quédate con nosotros, porque ya es tarde y se está haciendo de noche.

Entró, pues, Jesús, y se quedó con ellos. Cuando estaban sentados a la mesa, tomó en sus manos el pan, y habiendo dado gracias a Dios, lo partió y se lo dio. En ese momento se les abrieron los ojos y reconocieron a Jesús; pero él desapareció. Se dijeron el uno al otro: - ¿No es cierto que el corazón nos ardía en el pecho mientras nos venía hablando por el camino y nos explicaba las Escrituras?

Sin esperar a más, se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once apóstoles y a los que estaban con ellos. Estos les dijeron: - Verdaderamente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.

Entonces ellos contaron lo que les había pasado en el camino, y cómo reconocieron a Jesús al partir el pan.